

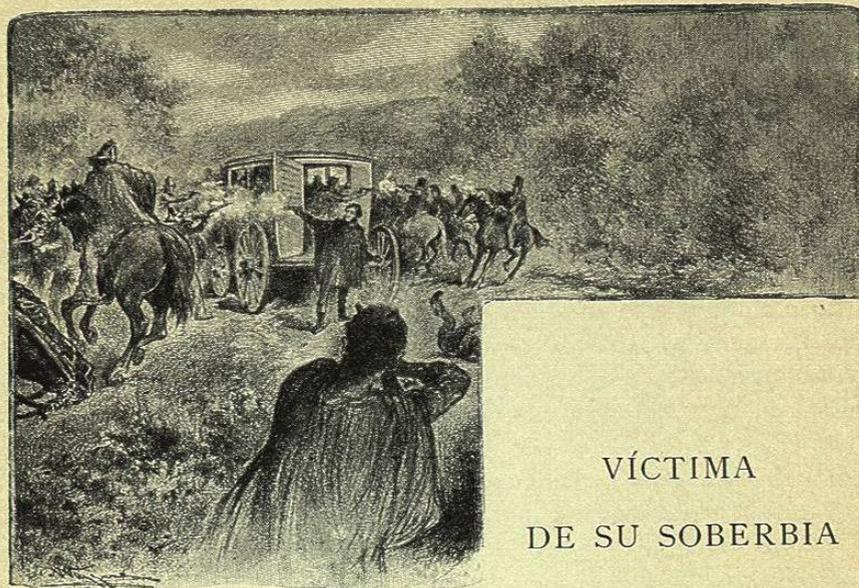
el matrimonio, como fundamento de la familia, ¿puede suponerse natural que jóvenes á quienes el primer desengaño arrojó á una celda, queden con gusto por siempre enterradas en vida?

A los cuarenta años no se piensa como á los veinte, y muy diversamente se siente á los sesenta.

«Pagar justos por pecadores,» dicese en caso á éste semejante, que más de uno hemos visto en el camino de la vida.

El Creador nos ha dado dos pies para caminar con ellos por la recta senda. No apreciamos en gran sacrificio la tranquila y serena vida conventual, aislada del mundo, de sus pasiones y peligros. Las rodillas, que no se han hecho para substituir los pies, sólo deben doblarse ante el Dios Supremo, implorando la extirpación de la ignorancia, el fanatismo, los errores que enneguecen, y pedir la paz, la tranquilidad de la conciencia, que no es poco pedir, y algo más duradero que el frágil amor.

¡Cuántas veces, implorado éste aun de hinojos, causar suele el tormento de toda la vida!



VÍCTIMA
DE SU SOBERBIA

I

En esta tierra de caudillos, donde cualquier ministril se da humos de gran estadista, como el último *comandantejo* de campaña de prestigioso caudillo, difícil será escudriñar cuál fué el primer caudillo, ó el mejor estadista.

Sugeríasenos tal reflexión la otra tarde al contemplar el viejo balconcito del siglo pasado, antes de llegar á la vereda ancha en la calle *Defensa*, bajo, saliente ó sobresaliente, aunque su *barriguedez* se halla cubierta por amplias enaguas de latón pintado, para ocultar sin duda su estado próximo á dar á luz, ó á dejar pasar más luz con su derrumbe, lagrimeando vetustez hasta por los roídos barrotes que le sirven de puntal.

Sobre él pardas tejas destilan lluvia de gato. Tan ampuloso como el personaje que desde su baranda peroró al pueblo, el primer presidente de la República Argentina, D. Bernardino Rivadavia, en más de una ocasión que entusiasmado le acompañara hasta su casa, como berruga de la época cuelga allí, á la terminación de la hermosa fachada que el maestro D. Salvador Sartori levantó en 1848 sobre los sólidos muros de la antigua casa de Filipinos.

Aunque en diversas épocas, á uno y otro lado de ese vestigio del vi-reinato, huésped en la una y propietario de la otra fué el primer caudillo.

Lástima que éstos no hayan también pasado de moda, como el viejo balcón de la calle Defensa.

Y estos dos personajes que débil tabique separó un día sus viviendas, á larga, á muy larga distancia vivieron siempre. Muralla más ancha que la de China les alejaba en los extremos de una santa revolución por conquistar algo, todavía á medio conquistar. La más alta expresión de nuestros políticos el uno, el más famoso caudillo de poncho y cuchillo el otro, avanzando por opuestas sendas, al fin de sus días casi llegaron á encontrarse. ¡Cuánto progresara el país si el brazo fuerte del gaucho hubiera coadyuvado á la genial iniciativa del estadista! ¡Cuántos años menos retardado la Constitucionalidad Argentina, evitando ante todo el encumbramiento del déspota que las divisiones intestinas encumbraron!

La partida de billar languidecía. Después de largas horas de juego, apenas la espectacularidad de los jugadores atraía algún interés.....

Entre la espesa humareda de cigarros, el ruido de bolas, el rumor de comentarios *sotto-voce*, oíanse, cual ráfagas entrecortadas, diálogos á medio concluir.....

—Todavía no ha aprendido á evitar pifias—decía uno.

—¡Conque sabe hasta la carambola de retruco!—agregaba otro.

—En eso del billar, taco en mano y atacar—canturreaba dando vuelta alrededor de la mesa, con el taco levantado en seguimiento de la colorada, un general todo pelos.

—No da hoy en bola, mi general—dijo en *cordobés* de sobrepaso un mirón.

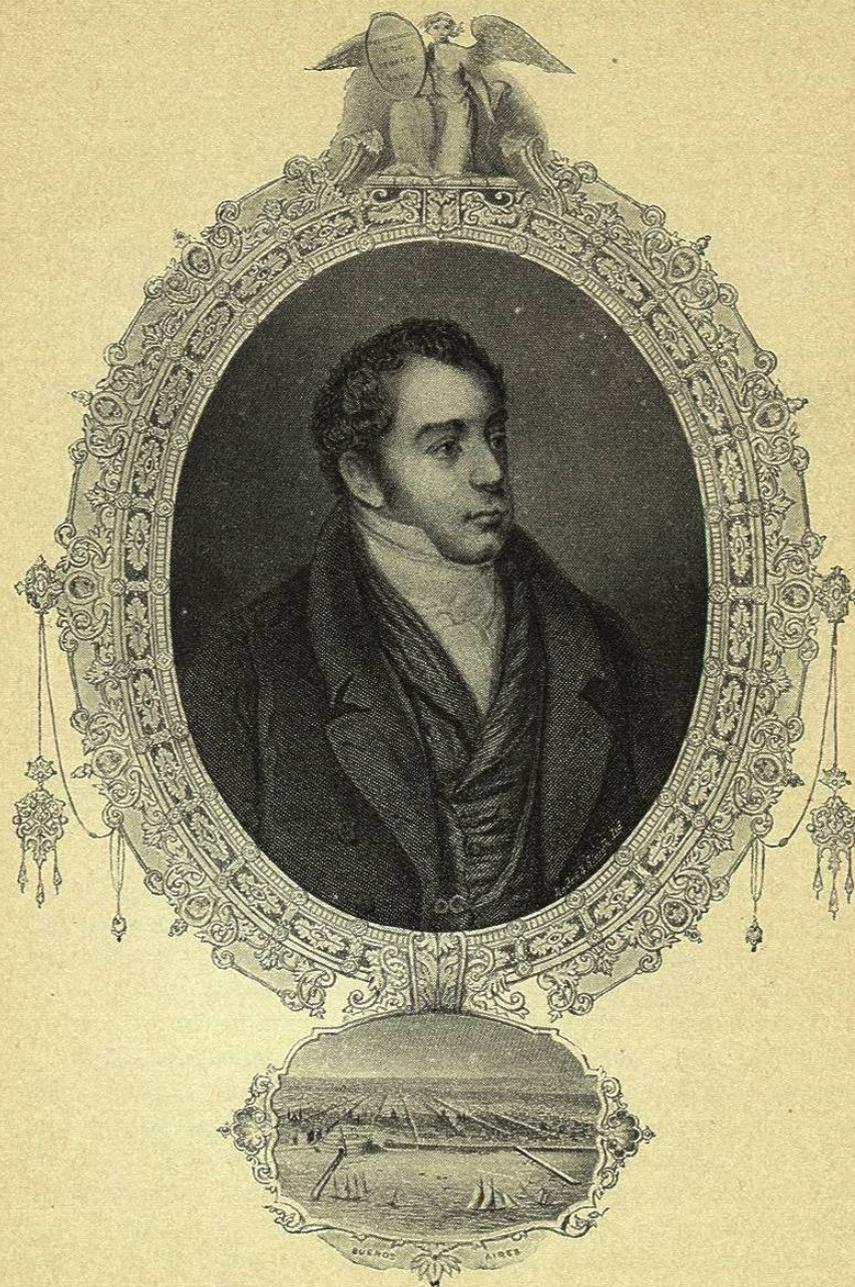
—Puede que no, pues á lo que estoy acostumbrado es á vóltear, echar abajo, llevar todo por delante.

Y diciendo y haciendo, de un fuerte tacazo derribó cuanto palo había sobre la mesa.

Sin ser aquélla una casa de juego, se jugaba fuerte en ocasiones, como la en que otro viejo general se ganó tres mil onzas, que bien sembraditas formaron la fortuna de honorable familia patricia, en la que el más entusiasta y generoso de sus descendientes acaba de ofrecer tres millones para repeler la invasión amenazante.

El juego continuaba, y los diálogos de una á otra banda, entre el ruido de tacos y carambolas.....

Militares, doctores, comerciantes, mirones que nunca se miraron bien, seguían observando las alternativas de una partida que casi llegó á ser partida histórica.



BERNARDINO RIVADAVIA

Como que á aquella antigua casa de D. Braulío Costa, bajo el número 465 hoy, concurrían por entonces, con personajes más ó menos ligeramente abollados de la época: Alvear, Guido, Mansilla, Vélez, Sáenz Valiente, Castro, Lezica, Sarratea, Díaz Vélez, D. Pascual Costa y otros.

En una breve intermitencia de silencio, alcanzó á oír el general jugador que el mirón de la esquina de entrada decía en voz baja al mirón del lado:

—¿Pero ha visto usted qué cambiado llegó el Sr. Rivadavia?

Lo que percibido por Facundo Quiroga, que no era otro el jugador, alzando el taco preguntó:

—¿Y será cierto que pocas horas después de su arribo se le ha mandado reembarcar?

—Así dicen.

—¡Qué barbaridad! ¡Si estos *porteños* son más veletas que sus veletas! Ayer no más andaban: *Santito, dónde te pondré*, no sabían qué hacer con Rivadavia, y hoy se asustan ya de su sombra.

II

Seguía el juego y la murmuración del prójimo, cuando, á poco de pasar frente al interlocutor, al terminar la partida, preguntó el viejo Dr. Vélez, que si no era todavía viejo, sí era ya muy doctor, y sabio por añadidura:

—Y díganos, general, ¿por qué no quiso aceptar el mando que le ofreció el Sr. Rivadavia en el ejército para la campaña del Brasil?

—A mí nadie me ha ofrecido nada....

—¿Cómo no, si yo mismo llevé el nombramiento? ¡*Velay* una linda ocasión para haberse lucido á la cabeza de sus *llaneros*! Verdadera tranca para detener la invasión extranjera hubiera sido su terrible lanza.

—¿Cómo, cuándo, dónde? ¿Pero es cierto, mi doctor, lo que está diciendo, ó habla en broma como cuando gasta más acento cordobés?

—No hace tantos años. Recuerdo que cuando acompañé al deán Zavaleta, encargado de presentar la Constitución del año xxvi á los gobiernos de Cuyo, al llegar á Mendoza supe que salía usted de invadir á San Juan. Le mandé pedir una conferencia remitiéndole los despachos de general de la nación, que el señor presidente Rivadavia le enviaba, comisionándole armar dos mil hombres de las provincias de Cuyo é ir con ellos á engrosar el ejército como jefe de una ala, del que marchaba al Brasil, donde le esperaba en defensa de la patria campo digno de su valía ¡Qué linda figura hubiera hecho!